

principal. No perdería la gloria del equipo y, acaso, ganase en autoridad académica y en posibilidad de consulta de las personas interesadas.

Considero un acierto ofrecer la bibliografía especializada al final de cada capítulo. Resulta mucho más útil que las grandes bibliografías generales, generalmente demasiado engordadas y menos útiles.

Melquiades ANDRÉS-MARTÍN

Georg SCHÖLLGEN-Clemens SCHOLTEN (eds.), *Stimuli. Exegese und ihre Hermeneutik in Antike und Christentum. Festschrift für Ernst Dassmann*, Aschendorf Verlag («Jahrbuch für Antike und Christentum». Ergänzungsband 23), Münster 1996, xx + 621 pp. + 8 fotografías.

Este libro-homenaje está dedicado al Prof. Ernst Dassmann, Ordinario de Historia de la Iglesia (Edad Antigua) y Patrología de la Facultad de Teología Católica de la Universidad de Bonn, con motivo de su jubilación en 1996. Se titula *Stimuli* porque es tradición en la escuela histórica de Dölger, a la que Dassmann pertenece, titular un libro-homenaje mediante una palabra griega o latina que, además de facilitar en razón de su brevedad la denominación y la consiguiente localización del volumen, permite sintetizar con una sola voz la tarea investigadora del profesor homenajeado. En este caso concreto, la elección del término latino *stimuli* responde, primeramente, al título de uno de los libros más representativos del Prof. Dassmann (*Der Stachel im Fleisch*: «Stachel», es decir, estímulo) y, además, pone de relieve que toda su labor investigadora ha servido de «estímulos» para abrir o profundizar en nuevas líneas de investigación arqueológica, histórica y patristica.

Esta obra pretende profundizar en uno de los intereses más actuales en los modernos estudios de Patrología, la recepción de la Escritura en la Iglesia Antigua, y, para ello, se centra sobre todo en los principios hermenéuticos con los que cristianos, judíos y paganos interpretaban en la antigüedad sus sagradas escrituras y tradiciones autorizadas.

Después del prólogo y de una extensa *tabula gratulatoria*, se presenta un elenco completo de las publicaciones de Dassmann desde 1963 hasta 1995 (pp. xiii-xix). A continuación se suceden cuarenta y seis artículos de distintos especialistas, agrupados en cinco partes, si bien el primero de ellos, en atención a su carácter introductorio, antecede a esa división de cinco grupos temáticos.

En efecto, el primer artículo, elaborado por A. M. Ritter, pregunta si la historia del dogma se puede identificar con la historia de la exégesis bíblica. Para responder a esta interesante cuestión, Ritter se remonta al debate entre intelectuales alemanes de los años cincuenta a propósito del carácter teológico y, a la vez, histórico de la disciplina científica Historia de la Iglesia. A partir de ahí pasa revista a las distintas posiciones que los historiadores eclesiásticos de Alemania, tanto católicos como protestantes, han adoptado en este debate a lo largo de los últimos cincuenta años; así resulta interesante com-

probar que la ya antigua contraposición de pareceres entre Ebeling y Jedin es de alguna manera continuada, pero también profundamente matizada, recientemente por Wickert y Grillmeier. En el actual estado de la discusión, la teología católica se inclina más que la protestante por estrechar lazos y suprimir distanciamientos entre la historia del dogma y la historia de la exégesis bíblica. En cambio, teólogos protestantes, como el propio Ritter, tienden a distanciar ambas disciplinas, pues consideran que la historia del dogma no se basa solamente en la interpretación teológica de la Escritura, sino también en la admisión de presupuestos filosóficos desde los que se determinan las distintas interpretaciones bíblicas hechas por los teólogos. Ritter ejemplifica sus puntos de vista recurriendo al modo de teologizar de San Ireneo de Lión, dotado de un «pensamiento bíblico», y de San Agustín, en quien se observa que el significado de *regula fidei* apenas ha cambiado respecto al de Ireneo.

La primera parte del volumen contiene dos artículos sobre hermenéutica judía. H.-J. Fabry considera los métodos de interpretación bíblica en los escritos del Qumrán: el *peshet* como comentario del texto bíblico orientado al presente apocalíptico de la comunidad y el *midrash* como autorizada interpretación de la Torah y la composición de textos bíblicos entre sí; la exégesis empleada en la literatura qumrálica constituye el único puente de enlace entre los modelos hermenéuticos del judaísmo veterotestamentario y la técnica rabínica, ya que en la hermenéutica qumrálica se dan los primeros casos de lo que el judaísmo rabínico denomina «Halakka» y «Haggada». G. Stemberger estudia precisamente los rasgos esenciales de la hermenéutica rabínica e insiste en las reglas que pretendían evitar las interpretaciones arbitrarias, así como en el reconocimiento de una tradición de autoridad, la Torah oral, más amplia que la Torah escrita, pues, si bien el texto bíblico estaba fijado con exactitud en lo referente al canon de los libros y al contenido textual y literal de cada uno, la interpretación estaba abierta a las más variadas posibilidades de actualización. Estos dos artículos se caracterizan por su acertada sistematización de la exégesis qumrálica y rabínica antiguas; sólo se echa en falta la mención de los estudios de Díez Macho y de sus discípulos.

La segunda parte agrupa diez trabajos sobre la exégesis de los tres primeros siglos. J. B. Bauer estudia la recepción de la Escritura en los apócrifos neotestamentarios y muestra la riqueza exegética de éstos cuando sus variantes se comparan con el texto de los evangelios canónicos. St. Heid se detiene en la inculturación de la noción hebrea de Torah entre los judíos helenizados, que la entendían a la luz de la noción griega de ley o *nomos*; por ello, la apologética judía entendía la Torah como la expresión jurídica del estado ideal fundado por Moisés y la contraponía a la política hegemónica del Imperio Romano. A. Le Boulluec aprecia que en las controversias de los siglos II y III los Padres griegos empleaban la Escritura como norma heresiológica, unida a otras normas como la sucesión apostólica, la *regula fidei* y otras regulaciones de orden institucional y eclesial; desde San Justino a Orígenes los creyentes se vieron impulsados muy pronto a fijar el canon de las escrituras inspiradas, lo que no fue incompatible con elevar, como ya había hecho San Ignacio de Antioquía, la predicación evangélica al rango de autoridad absoluta. W. A. Löhr compara la interpretación de la ley mosaica en Marción, en algunas sectas gnósticas y en el maniqueo Fausto, los cuales coincidían en un «antinomismo» o «antilegismo» por el que se podría alcanzar un cristianismo puro y consecuente sin ningún

elemento judaico; pero las contradicciones en que incurrieron aquellos antinomistas fueron tales, que sus pretensiones tanto teóricas como prácticas encontraron serias dificultades de aplicación. G. Schöllgen no se contenta con el mero concepto filológico-literario de «pseudoepigraffa», aplicado a la autoría «pseudopostólica» de los primeros escritos jurídicos de la Iglesia —la *Didaché*, la *Traditio Apostolica* y la *Didascalía* siriaca—, sino que considera este recurso a la autoridad apostólica como el único medio jurídico de que se disponía en los tres primeros siglos para implantar una legislación no sólo en la iglesia local, sino también en la universal; junto a este recurso a la autoridad apostólica, común a los tres textos legislativos, Schöllgen distingue dos tipos de fundamentación autoritaria: a) la *Didaché* y la *Didaskalía* se remontan a través de esa autoridad apostólica al Evangelio y a las palabras del Señor como la única fuente del derecho canónico; b) la *Traditio apostolica* reconoce explícitamente dos fuentes del derecho canónico, la Escritura, de la que los Apóstoles son algunos de sus autores, y la tradición oral, de la que los Apóstoles no son autores, pero sí iniciadores. Th. Baumeister considera los precedentes veterotestamentarios y neotestamentarios de la obra *Martyrium Polycarpi* y concluye que ésta no sólo se compuso para veneración del mártir, sino sobre todo para exhortación y preparación al martirio. J. Frickel se esfuerza por demostrar que el autor de la homilía *eis ton tetraameron Lazaron* (Jn 11) es Hipólito de Roma, a pesar de que muchos investigadores consideran falsa esta autoría; primero aporta las pruebas externas que apoyan su tesis, después analiza el texto mismo, del que excluye unos pasajes interpolados, y, por último, estudia el contenido teológico, característico de Hipólito. Th. Heither presenta un boletín bibliográfico de los estudios más recientes, a partir de 1980, acerca de Orígenes como exegeta. K. Rosen estudia el ideal del *civilis princeps* según las *Meditaciones* del emperador Marco Aurelio y sistematiza en dos puntos las exigencias morales que, siguiendo la escuela estoica, el emperador se imponía en su tarea de gobierno: tomar conciencia personalmente de los presupuestos y barreras morales de su dominio y exteriorizarlos con su comportamiento moral a los hombres con que diariamente trataba. Esta segunda parte del libro termina con un artículo de J. Spiegel dedicado a Tertuliano como exegeta: su cultura bíblica, su argumentación bíblica, las reglas hermenéuticas y la presencia de la Biblia en su pensamiento teológico.

La tercera parte, la más extensa de todo el volumen, está dedicada a la exégesis en los siglos IV al VI; a su vez, está subdividida en tres grupos: el primer grupo se dedica a temas variados, el segundo se ciñe a la patrística griega y el tercero a la latina. En cuanto al primer grupo de artículos se refiere, A. Gerhards comienza esta sección considerando que el empleo de la Escritura en la liturgia antigua no se limitaba a su lectura en las reuniones de la comunidad, sino que, para componer los textos oracionales, la Escritura era citada por modo de asociación o de combinación a la luz de una intencionalidad teológica precisa que, en el caso de San Basilio y San Juan Crisóstomo, resulta fácil de reconocer. H.-J. Klimkeit aborda el empleo de la Biblia por parte de los maniqueos, así como el empleo de los libros que el propio Mani escribió para que fueran usados como canónicos por sus correligionarios, además de algunos apócrifos cristianos que también eran considerados por ellos como libros sagrados; Klimkeit enumera qué apócrifos y también qué «armonías» de los Evangelios influyeron más en la configuración del mito maniqueo y expone con detalle la interpretación teológica que éste hacía del Nuevo Tes-

tamento. C. D. G. Müller sistematiza las características de la exégesis copta de la Biblia a partir de una selección de dos textos del Antiguo Testamento y del Nuevo y así pone de relieve su talante eminentemente práctico para el creyente, lo que la diferencia de la exégesis cristiana en lengua griega, más abstracta. K. L. Noethlich analiza con detalle la actividad interpretativa de las leyes romanas antiguas llevada a cabo por los emperadores cristianos Teodosio II (*Codex Theodosianus*) y Justiniano I (*Corpus Iuris Civilis*); el objetivo de estas codificaciones fue depurar errores de anteriores interpretaciones de las leyes para mejorar su comprensión; además, la *imperatoria interpretatio* de la antigüedad tardía respondió a la concepción nuclear del gobierno por parte de un emperador cristiano, que se sentía obligado con su poder político a cumplir la voluntad de Dios sobre la tierra. R. Nürnberg expone las distintas interpretaciones patrísticas de las mujeres que vieron a Jesús resucitado; el denominador común de las exégesis patrísticas coincide en resaltar tres aspectos: desde el punto de vista histórico ellas son los primeros testigos de la resurrección, desde el punto de vista salvífico son —sobre todo María Magdalena— nueva Eva y desde el punto de vista tipológico son modelo de la Iglesia. F. Petit, editora de los dos primeros volúmenes de las *catenae* patrísticas griegas del libro del Génesis, expone aquí los aspectos exegéticos más relevantes de las *catenae*, a las que presenta como el «espejo» de la exégesis antigua. C. Scholten, tomando como ejemplo los comentarios de los Padres griegos al *Hexaemeron*, sistematiza los géneros —y sus correspondientes títulos— empleados para la tarea exegética (comentarios, homilias, cuestiones y respuestas, tratados, diálogos, poemas) y sitúa tanto su origen como sus características en el ámbito escolar de la exégesis cristiana, cuyo modelo más próximo se encontraba en las escuelas de los filósofos. H. J. Sieben analiza el papel de la Sagrada Escritura en los concilios ecuménicos de la antigüedad y distingue dos periodos: en el siglo IV la Sagrada Escritura ocupó un papel autoritativo y relevante en el concilio de Nicea (325) y en el de Constantinopla (381), mientras que, a partir del concilio de Éfeso (431), los concilios ecuménicos argumentaban teológicamente no sólo a partir de la Biblia, sino sobre todo a partir de formulaciones dogmáticas tradicionales, como el símbolo niceno-constantinopolitano, y acudiendo a la autoridad de testimonios patrísticos, de donde se explica el amplio desarrollo en el siglo V de colecciones de textos de los Padres acerca de cuestiones dogmáticas. K.-H. Uthemann se centra en un tipo de estas colecciones de textos patrísticos, las *catenae*; y, después de realizar un estudio histórico, concluye que, si bien las primeras *catenae* surgieron a consecuencia de los intereses dogmáticos del siglo V, muy pronto este género se orientó a una exégesis que respondía más bien a las necesidades espirituales de la vida monástica.

Respecto a los Padres griegos de los siglos IV al VI, R. Brändle estudia con detalle la noción de *sugkatabásis* o «condescendencia» divina como principio hermenéutico y ético en la interpretación de San Juan Crisóstomo al *corpus Paulinum*. C. Colpe considera desde un punto de vista conceptual el neopaganismo del emperador romano, de origen griego, Julián el apóstata y muestra que el núcleo de su política religiosa se halla en reimplantar la *civilitas Graeca* que, contrapuesta a la fe (o *pistis*) cristiana, podía igualmente denominarse *eupistia helleniké*. A. Dihle compara la interpretación que Filón alejandrino y San Gregorio de Nisa realizan de distintos pasajes del libro del Éxodo referentes a la vida de Moisés: la alegoría de Filón, centrada en objetos o acontecimientos

aislados del relato, contempla la perfección humana, alcanzada en grado máximo por Moisés, como algo estático y propio del orden del ser, mientras que Gregorio, en parte por la influencia del neoplatonismo y en parte por el método exegético por él empleado, tendente a contemplar el relato en su totalidad, considera la perfección humana como un proceso nunca cerrado y abierto a la transcendencia. Ch. Kannengiesser presenta los rasgos más característicos de San Atanasio como exegeta, partiendo del hecho parcialmente problemático de que Atanasio, aun no teniendo intención *per se* de comentar libros bíblicos —y en realidad no lo hizo monográficamente—, se vio obligado a rebatir la exégesis arriana y, por tanto, a desentrañar dogmáticamente abundantes pasajes de las Escrituras. V. Saxer sitematiza la doctrina teológica de San Cirilo de Alejandría sobre la Sagrada Escritura y el empleo de ésta en sus obras catequéticas. H.-J. Vogt compara la diferencia de interpretación de textos cristológicos del Nuevo Testamento por parte de Cirilo de Alejandría y de Teodoro de Mopsuestia y, además, constata que, en las *catenae* griegas transmisoras de comentarios bíblicos de Teodoro, su tendencia al nestorianismo es intencionalmente aminorada por el catenista, que reorienta la exégesis de Teodoro aproximándola a la de Cirilo; esta modificación se comprueba al comparar el texto de las *catenae* con las traducciones siríacas de las obras de Teodoro, fieles a su pensamiento original. A continuación sigue un estudio de A. Viciano, un exhaustivo *status quaestionis* de la investigación de los siglos XIX y XX acerca del procedimiento hermenéutico de cuatro exegetas de la escuela de Antioquía (Diodoro, Teodoro, Juan Crisóstomo y Teodoreto).

Respecto a los Padres latinos de los siglos IV al VI, M. Durst expone cómo San Hilario de Poitiers se sirve del concilio de Nicea como tradición autoritativa para la formulación dogmática en medio de la controversia arriana. J. Fontaine resalta el carácter pedagógico del empleo exegético de la Biblia por parte de San Isidoro de Sevilla y, a partir de abundantes ejemplos entresacados de la producción literaria del sevillano, insiste en que la totalidad de sus obras debería considerarse *sub specie exegetica*; por ello, anima a los historiadores de la exégesis bíblica a que descubran la importancia de Isidoro, hasta ahora casi olvidado en este ámbito de la investigación patrística. K. S. Frank expone la doctrina exegética de Juan Casiano (los sentidos histórico, alegórico, anagógico y moral; los distintos modos de expresión; la captación del sentido espiritual por parte del lector de la Biblia), para concluir que el rasgo más destacado de la exégesis del monje Casiano es su evangelismo ascético. W. Geerlings sistematiza concisamente y con gran claridad el método exegético del Ambrosiáster en su comentario a la epístola de San Pablo a los romanos. D. Ramos-Lissón aborda el tratamiento ambrosiano de la Escritura ejemplificándolo con el tratado de San Ambrosio *De virginitate*: relación *umbra/veritas*, recurso a la tipología, continuidad con el alegorismo alejandrino, «asociación evocadora» de otros exegetas cristianos e incluso de autores clásicos. W. Speyer, después de exponer las características generales de la poesía cristiana en lengua latina de los siglos IV y V, poniéndola en relación con la tradición poética de los autores arcaicos y clásicos desde Livio Andrónico, analiza detalladamente el poema *De laudibus Dei* de Draconcio, en el que, por predominar una finalidad didáctica y apologética, apenas se profundiza teológicamente en el tema cantado, los seis días de la creación. B. Studer, consciente de que toda la cultura tardoantigua se configuró en torno a las escuelas de gramática, retórica y filosofía, profundiza en las nociones de *schola Christi* y de *discipli-*

na *Christi* en la teología de San Agustín y así aprecia que éste entendía la comunidad cristiana o, al menos, el círculo de cristianos más intelectuales como una especie de escuela en la que la Biblia era interpretada y actualizada de modo parecido al llevado a cabo en las escuelas en que gramáticos, retóricos y filósofos comentaban autores clásicos; a su vez, la orientación práctica de esta *schola Christi*, que era la Iglesia, hacía hincapié en que la *disciplina Christi* implicaba el ejercicio del orden y de la paz que conducían a la felicidad eterna. K. Thraede se centra en la interpretación que Juvenco, el primer poeta épico cristiano de la Biblia, hizo de un relato de la infancia de Jesús (Luc 1,8-20), para llegar a la conclusión de que el fondo teológico-filosófico de Juvenco no sólo se enraíza en los Evangelios, sino también en la propia tradición épica romana. J. Wohlmuth, a propósito de los comentarios de San Agustín a las teofanías del Antiguo Testamento, establece una especie de diálogo filosófico entre Agustín y la fenomenología contemporánea.

La cuarta parte de este volumen se dedica a una línea de investigación muy estimada por Dassmann, la arqueología cristiana, y se sucede una serie de artículos sobre temas bíblicos en el ámbito arqueológico cristiano de la antigüedad. B. Domagalski enumera en un elenco la iconografía bíblica del cristianismo primitivo en Alemania. J. Engemann, siguiendo la metodología de interpretación de restos arqueológicos que Dassmann ha establecido, desarrolla un estudio teológico de temas bíblicos en el ámbito del arte cristiano antiguo. St. Frerich analiza la escena de la mujer ante Cristo, que la sana de su enfermedad, según es representada en sarcófagos de los siglos tercero a quinto y establece la total o parcial vinculación de cada imagen estudiada con el correspondiente pasaje bíblico. F. Rickert dirige su mirada a las ilustraciones que aparecen en el ejemplo más antiguo que se conserva de un manuscrito ilustrado de la Biblia *Itala* (ca. 400), actualmente conservado en dos bibliotecas de Berlín, y aprecia que esas ilustraciones responden a la controversia cultural entre cristianos y paganos de comienzos del siglo quinto. R. Wisskirchen estudia el mosaico que decora el ábside de la iglesia Hosios-David de Tesalónica y defiende la tesis de que representa la visión del profeta Ezequiel, interpretada a la luz del Nuevo Testamento.

La quinta y última parte del volumen contiene tres artículos sobre exégesis en la Historia de la Teología y de la Religión. G. Adriányi recuerda una disputa exegética enablada en la Facultad de Teología de Budapest (1806-1820). W. Breuning resalta la actualidad de la ciudad de Jerusalén para las religiones cristiana y judía. K. Hoheisel describe las características que el Corán destaca del profeta Jonás.

Pese a la gran variedad de temas tratados, es claro que esta obra guarda una unidad de fondo, la hermenéutica tardoantigua, y ofrece una variada utilidad para los lectores especializados. Algunos de sus estudios contienen el *status quaestionis* de la investigación reciente de un tema importante; otros ofrecen una síntesis de los resultados de determinados trabajos de investigación; y la mayoría incide de manera monográfica en distintos aspectos de la exégesis antigua: reglas hermenéuticas, géneros (literarios) al servicio de la interpretación, presupuestos teológicos en la tarea exegética, características de la exégesis de uno u otro teólogo (Tertuliano, Orígenes, Anastasio, Teodoro de Mopsuestia, Cirilo de Alejandría, Agustín, etc.), controversias con las corrientes heterodoxas,

utilidad espiritual de la exégesis para el lector de la Biblia, relación entre la interpretación bíblica y la disciplina eclesiástica, pervivencia de algunos valores de la cultura clásica en la exégesis cristiana, escenas bíblicas plasmadas en el arte paleocristiano. La importancia de la interpretación de las sagradas escrituras y de tradiciones autorizadas que este libro quiere poner de relieve no se circunscribe tan sólo al cristianismo antiguo, ya que el judaísmo, el maniqueísmo y el neoplatonismo contemporáneos también son tenidos en cuenta; además, la tarea exegética realizada ya no en ambientes religiosos, sino seculares —la jurisprudencia llevada a cabo por los emperadores y la exégesis como método pedagógico empleado en las escuelas de retórica y de filosofía— ilustra el papel relevante que en la antigüedad tardía desempeñó la hermenéutica para configurar varios aspectos de la vida civil, religiosa, cultural y educativa de la época.

Sin duda, este libro-homenaje constituye una contribución importante a los estudios de historia de la exégesis y seguramente servirá de «estímulo» a que jóvenes investigadores sigan los pasos marcados por el Prof. Dassmann.

Marcelo MERINO

VV.AA., *Cristianismo y culturas. Problemática de inculturación del mensaje cristiano*, Actas del VIII Simposio de Teología Histórica, Facultad de Teología San Vicente Ferrer («Series Valentina», 37), Valencia 1995, 555pp.

Ni de la portada, ni de las primeras páginas del libro, ni tampoco de la presentación que Salvador Castellote realiza del VIII Simposio de Teología Histórica de la Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia se desprende con exactitud en qué fechas tuvo lugar. Sólo se indica en esa presentación que el Simposio se clausuró un día 22, sin precisar el mes ni el año. Eso sí, la conferencia de apertura, pronunciada por el Decano de la Facultad de Teología, Juan José Garrido Zaragoza, está fechada el 20 de febrero de 1995, con lo que la perplejidad que el lector siente desde el comienzo desaparece cuando lee en la página 15, final de la conferencia de apertura, esta exacta datación que al principio no hallaba. Este Simposio se celebró, pues, en Valencia del 20 al 22 de febrero de 1995.

Se aborda aquí un tema de gran actualidad en el ámbito teológico y pastoral, el de la inculturación de la fe, desde una perspectiva histórica, ya que tanto las seis ponencias como las comunicaciones se agrupan por etapas cronológicas de la historia de la Iglesia.

La primera ponencia, pronunciada por Juan Miguel Díaz Rodelas (Facultad de Teología de Valencia) y titulada «El Evangelio de Jesús en su contexto cultural», se circunscribe al siglo primero. Aquí se analiza la predicación del Reino de Dios por parte de Jesús (parábolas reveladoras del misterio del Reino y signos o milagros portadores de una carga cristológica) y la transmisión del Evangelio por obra de los Apóstoles, que realizaron una necesaria adaptación del mensaje de Jesús para llevar a cabo la evangelización. Al discurso del Apóstol Pablo en el areópago de Atenas (Hech. 17, 22-31) se le